Las llaves de la memoria

Dicen que el viento de la Pampa trae...realidades, recuerdos. Eso, lo sé, porque el viento subyuga en mi rostro de mujer no pampeana que debió abrir los cinco sentidos para poder concebir el verdadero sentir de esta pampa, de esta Santa Rosa. Lugar de paso de muchos viajeros y matriz para muchos que se detienen y se enraízan como el caldén. Lentamente y de a poco, como el reloj de arena, fui cautivada por su soplo a veces constante y otras sigiloso, ocultándose para no ser visto. Aprendí que este mágico viento no solo trae polvo y cardos rusos, sino también bellas historias que se niegan a ser borradas. Ya lo plasmó en bellos versos Juan Ricardo Nervi: *"Si usted no ha estao por aquí no sabe lo que es el viento"*.

Y fue así, caminando sin prisa, acompañada solo por los acordes melodiosos del viento revoloteándome de manera amistosa, que salí un día a registrar rostros, inscripciones, pensamientos ocultos detrás de la memoria, expresiones callejeras. Con algo de curiosidad recorrí sus plazas, dispuesta a que salieran a mi encuentro historias que buscaban ser contadas. Y de pronto, a lo lejos, ví emerger ante mi mirada blancas paredes surcadas por oscuras y ondulantes líneas. Un extenso lienzo de luces y sombras. No eran nítidas y mi mala visión se esforzaba por descifrar aquellas imágenes que se presentaban desafiantes. Obligando a mis ojos neblinosos a descifrar esas formas intrigantes, solo hizo falta cruzar la plaza y ante mí se desplegaron, disipando mis dudas: eran rostros de mujeres surcados por arrugas y miradas profundas. Me detuve y comprobé que detrás de esos surcos había historias: historias de mujeres.

Miré buscando voces que quisieran relatar, ahondando en la memoria. ¿Qué pasó? ¿Por qué esas mujeres estaban allí, como detenidas en el tiempo? ¿Fueron pintadas en los muros que rodean la plaza? ¿Por qué nombres antecedidos por un número? Estos y muchos más interrogantes alimentaban mi curiosidad, y de algo estaba segura: encontraría alguien que los respondería.

Y ahí estaba Blanca: amable, sonriente, feliz. En el barrio la llaman Pastora, quien relató con minuciosos detalles, reviviendo su infancia cuando llegó con su mamá y su hermana a este emblemático barrio, en esa trágica madrugada del 24 de marzo de 1976. No solo ellas habitaron ese lugar, sino también tantas madres y vecinas valientes que pusieron su cuerpo para defender sus casas aún sin luz, sin agua, temiendo que les fueran arrebatadas las llaves de sus soñadas casitas–aquellas llaves rescatadas y entregadas con valentía por Alicia Chávez– por los militares del proceso , acostumbrados a arrebatar vidas, niños.... que merodeaban la zona . Este barrio que cambió de nombre : de Peñi Ruca -expresión que combinan dos palabras del mapudungun, idioma del pueblo mapuche que se traduce como "la casa del Hermano"- al actual nombre: barrio Aquiles José Regazzoli.

¿Quién fue Celestina Millapán? ¿Quiénes Cristina Torres, Irma Dulce, Montes? ¿Y tantas otras mujeres fuertes que nacieron y dejaron sus vidas en este barrio en estas tierras? Y sus nombres, escritos están.

Eran mujeres sin educación formal, de tristezas contenidas, de manos pequeñas pero curtidas por el trabajo duro; las mismas que lavaban a mano usando ese jabón blanco Federal- no tan blanco- en pan, hecho a base de grasa animal, restregando los cuellos de las camisas de sus exigentes clientes con sus espaldas gachas sobre los grandes latones y la tabla. Esas mismas espaldas cansadas de limpiar casas ajenas recibiendo al final

de la jornada salarios miserables. Ellas solo vivían pensando en alimentar a sus niños, a quienes la vida se les hizo muy difícil. Realizaron tareas tan duras que desgastaron lentamente sus cuerpos, llevando a muchas a una injusta muerte temprana.
Entre ellas estaba Celustiana Millapan una mujer, que conocía de memoria el frío y la incertidumbre. Madre de Blanca, llegó de Telén por razones de salud. Sin un techo propio, debió deambular de un lado al otro. Tras ser expulsada, terminó con sus niñas bajo un plástico negro en el patio de una casa. Nunca abandonó el sueño de darles algo seguro a sus hijas a quienes debía proteger; les inculcó los mejores valores.
También estaba Irma Dulce, una gran historia de amor contada por su esposo Oscar Soria "Te amo amor, te amo en donde estés". Ese día cargaron sus pertenencias en un carrito "fama" tirado por un flaco caballo, mirando hacia atrás se despidieron del pequeño cuarto que los cobijó, dejando atrás el caldén donde su niña Beatriz solía reír mientras volaba en la improvisada hamaca; quien hoy , sus recuerdos de la nueva casa son los de saltar los alambrados apenas sostenidos por palitos de madera que separaban los patios.

Mi homenaje a esas mujeres que no están en los libros de historia, pero cuyos nombres ,precedidos por el número de sus casas en esas paredes desnudas que fueron testigo de lo que les acabo de contar , están presentes en la memoria de sus hijas, de sus vecinas, en las paredes blancas surcadas por arrugas, en sus historias de vida .

Por eso escribo, me inspira el mural, para que la memoria no se pierda o la secuestre el viento. *"Solo una pequeña, pequeña llave cayó en su mano, solo una pequeña, pequeña llave recibió su palma. Era la culminación, culminación de un sueño que muchas noches frías la desvelaba. Quería gritar de alegría, de alegría contenida. Sabía que afuera el miedo recorría las calles, las calles de tierra, y debió morder sus agrietados labios, ahogando su voz...Había que caminar , caminar en silencio hacia el nuevo destino hacia el nuevo hogar , donde las noches no fueran tan frías y los días fueran cálidos bajo el techo cobijador."*

Cristina Elvira López

Santa Rosa – La Pampa